



ARCO DE TOLEDO EN ZARAGOZA.

Hay ciertos monumentos que merecen consignarse, trasmitiendo su memoria á la posteridad, si no por la belleza de sus formas, al menos por el interesante papel que en varias épocas han representado. Cuando el recinto de Zaragoza se hallaba circunserito al espacio que media entre las puertas de San Ildefonso (vulgo de la Triperia) por el mercado y calle del Coso hasta la Puerta del Sol, ocupando lo restante de su radio el Ebro, que baña los muros de la ciudad S. H., existían otras tres puertas en aquel intermedio, si bien de origen mucho mas antiguo; tales eran la de *Toledo*, *Cineja* y *Valencia*. A pesar de sus trasformaciones, la ciudad de Zaragoza ha conservado la elíptica forma que la dieron los romanos, cruzándola por dos largas calles que miran á los cuatro vientos principales por cuatro puertas, que engrandeciéndose posteriormente la poblacion por el O. y el S., permanecieron y se hicieron célebres con el nombre de *Arcos*. Todavía existe á la parte del N. sobre el rio Ebro el llamado del *Angel*, y al E. el de *Valencia* delante de la iglesia parroquial de Santa María Magdalena: del de *Cineja*, que se hallaba á la parte del S. en el centro del Coso, cuya etimología pretenden, algunos que provenga del pretor *Cinegio*, no ha quedado mas que el nombre, habiendo desaparecido tambien la cruz que hace algunos años existía frente de él, monumento dedicado á la memoria de los innumerables mártires degollados en aquel sitio en tiempo de Diocleciano, entre los que se cuentan San Lamberto y Santa Engracia, hijos de Zaragoza; pero el que hoy es objeto de nuestra atención es el llamado *Arco de Toledo*,

centro y teatro de la historia zaragozana durante muchos siglos, cuyo estado ruinoso obligó al Excmo. ayuntamiento de Zaragoza á derribarle en 1842, trasladando las cárceles que en él se hallaban al espacioso edificio de la ex-Inquisición, edificando en su lugar hermosas casas. Este monumento, de aspecto tosco y grosero, denegrido por el tiempo, se hallaba situado á la parte de O. al extremo de la comercial calle Mayor, entre el bullicioso mercado y la Plaza del Justicia, mirando hácia Castilla, de donde tomó sin duda el nombre de Puerta de Toledo, en tiempo que esta ciudad era la capital de la monarquía en el imperio de los godos. Consistía en un arco de ladrillo con sus dos grandes torreones que guarnecían dicha puerta durante la dominación de los romanos. En tiempo en que los fueros de Aragón se hallaban en su mayor grado de esplendor, servía solamente de *Cárcel de la manifestación*, amparo y depósito mas bien que terror de los acusados: en ella estuvo preso Antonio Perez, primer ministro de Felipe II, cuando salió de la Inquisición reclamado por el justicia D. Juan de Lanuza en virtud del poder que para ello los fueros le concedían.

Fué este arco mudo é inmóvil testigo de violentas asonadas y de lúgubres suplicios; presidió á belicosos torneos, á angustas solemnidades, y dió paso á magníficas procesiones en las coronaciones y entradas de los antiguos reyes. No tan respetable por su arquitectura como por sus recuerdos, se le ha visto en nuestros días dominando parásitos tinglados de mercancías de quincalla. Este edificio fué der-

27 DE NOVIEMBRE DE 1855.

ruido como queda dicho el año 1842, quedando únicamente para los amantes de las glorias de su país la memoria de lo que fué; igual suerte cupo á la histórica iglesia de San Juan del Puente con motivo del derribo de la Puerta del Angel en 1843. Destinado nuestro periódico á admitir en sus páginas todo cuanto pintoresco ó histórico encierre nuestra patria, para lo cual lleva al frente con orgullo el honoroso epíteto de ESPAÑOL, ha creído que debía en él ocupar un lugar como hoy lo ocupa el ARCO DE TOLEDO.

J. A.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

CUARTEL ALTO.

La Puerta del Sol, á cuyo sitio privilegiado nos conduce por segunda vez el orden de nuestros paseos, principió á adquirir su importancia topográfica desde que á mediados del siglo XVI se verificó en derredor de ella la tercera y última ampliación de Madrid, quedando como punto central de la grande estrella formada por las principales calles antiguas y modernas. Sin embargo, como la formación de estas últimas se verificó lentamente, y la mayor vitalidad de la antigua población tenía su centro en la Plaza Mayor, tardó todavía mas de un siglo la Puerta del Sol en robarla la preferencia; y tanto, que todos los escritores madrileños del XVII guardan sobre ella un completo silencio, y ni aun en los sucesos públicos figura apenas todavía. Pero á medida que fué aumentando en importancia la parte nueva oriental y setentrional de la población, y compartiendo con las otras la vitalidad del comercio y bullicio de la villa y de la corte, fué enaltecándose la Puerta del Sol hasta el punto de que su nombre ha llegado á emblematizar el Madrid moderno, y las crónicas de esta villa en los dos últimos siglos pudieran muy bien formularse en las de esta célebre plaza.

La parte material de ella, mezquina é irregular todavía, lo era aun mas, hasta que en el reinado de Carlos III recibió la notabilísima construcción de la casa de Correos, en cuyo sitio habia, como dijimos en otro artículo, mas de 50 casas comunes, que fueron derribadas al efecto. La mezquina fachada de la iglesia del hospital del Buen Suceso afeaba ya el sitio preferente de Madrid, y tenia por entonces delante una lonja ó atrio con verja; y mas acá se alzaba la pesada mole de la fuente, coronada por la estatua de Venus, conocida en el vulgo de Madrid por la Mariblanca, que ahora está colocada en la de la plazuela de las Descalzas; esta fuente (si hemos de creer al dibujo que acompaña Alvarez Colmenar (2), y que reproducimos aquí), difería mucho de la posterior que hemos conocido y visto demoler, y era obra no menos estravagante del arquitecto D. Pedro de Ribera, en los principios del siglo pasado. A los lados habia cajones y tinglados para la venta de comestibles, y así estan pintados en el plano antiguo, y lo confirma tambien Pellicer en la cita que hace de la venta de unas casas, sítas en la Puerta del Sol, *acera de la Victoria, enfrente de los cajones de la fruta*. La parte nueva de la casa de la Inclusa, entre las calles de Preciados y del Carmen, reconstruida á fines del siglo XVII, y que avanzó demasiado á la Puerta del Sol, es el único edificio de alguna importancia material; pero la mercantil de todos ellos ha crecido hasta el extremo de que calculándose por D. Teodoro Ardemans en sus Ordenanzas de Madrid de principios del siglo pasado el valor de cada pié de sitio en *doce reales vellón*, se aprecia hoy en las tasaciones oficiales en *ciento veinte*.

De la mayor parte de las calles que parten de esta plaza en todas direcciones, desde la de Alcalá á la de los Preciados inclusive, ya hemos hablado en los artículos respectivos, restándonos solamente hacer mención de las del Carmen y de la Montera, que quedaban como dijimos fuera de la tapia ó cerca del antiguo arrabal, que venia desde la plazuela de Santo Domingo y Postigo de San Martín, por entre dichas calles del Carmen y de los Preciados, al sitio desigual y pantanoso llamado la Cava de la Puerta del Sol. Hoy, convertido este en dos importantísimos puntos mercantiles y favoritos del capricho y de la moda, son para Madrid lo que las calles Vivienne y de la Paix para París, con la notable y sensible diferencia de que en aquellas los preciosos objetos y mercancías que las decoran y embellecen son frutos de su industria indígena, cuando las de Madrid ya citadas no ostentan regularmente otra cosa que las ricas manufacturas extranjeras. Hasta la misma población de estas dos calles, especialmente la de la Montera, está generalmente compuesta de naturales de Francia y otros países, aunque avecinados en Madrid; y esto, unido al lujo y multitud

de los almacenes y tiendas de comercio, en que estan convertidos hasta los mismos portales de las casas; á la infinidad de muestras ó enseñanzas de las sastrerías, modistas, peluquerías, sombrereros y demás, que cubren literalmente las ventanas, los balcones, las fachadas casi todas; á la animación consiguiente á este inmenso movimiento mercantil, y hasta la misma forma de esta hermosa calle en suave pendiente desde su principio hasta la Puerta del Sol, ostentando en su centro una fuente moderna, inaugurada en 1833, aunque de forma impropia de fuente pública, todo ello reunido contribuye al conjunto y especial fisonomía de esta interesante calle madrileña.—El nombre de la Montera, que llevó desde los principios, quieren algunos que sea corrupción de la Montería, por ser el sitio por donde salían para las grandes monterías ó cazas; y otros le atribuyen á cierta beldad que habitaba en ella en el siglo XVI, y era esposa del montero del rey.—Contiguo á la fuente, el sitio que media hasta cerca de la parroquia de San Luis sirvió en los siglos XVII y XVIII para la venta del pan, cuyos puestos ó tinglados tenían delante una red defensiva, de que le ha quedado al sitio el nombre vulgar de la Red de San Luis. Posteriormente, y hasta hace pocos años, ha habido cajones para la venta de carnes, verdura y frutas, que se han quitado muy acertadamente de allí.—La parroquia de San Luis obispo, que se alza en el comedio de esta calle, fué erigida en 1544 como anejo de la de San Ginés; hoy es una de las principales de Madrid, y su templo, construido á fines del siglo XVII, uno de los mas espaciosos y concurridos, aunque no tiene nada notable bajo el aspecto artístico. La portada es obra del corruptor José Donoso, á quien se atribuye tambien el pesado armatoste churrigueresco del retablo dorado del altar mayor.

Entre esta calle de la Montera y la del Carmen, desde la Puerta del Sol hasta la calle de Jacometrezo en que ambas terminan, la industria mercantil va invadiendo y monopolizando todo el sitio, en términos que apenas queda ya resto alguno de las antiguas construcciones que pudieran tener algun interés histórico; únicamente acaso sirve de escepcion la iglesia del Carmen Calzado y su convento destinado hoy á las oficinas de Liquidación de la deuda del Estado.—Ya dijimos en su lugar que la casa manecía pública que estaba á principios del siglo XVI en el sitio donde ahora el palacio de los condes de Oñate, se mandó trasladar á otro punto por Real Cédula de Carlos I, fecha 28 de julio de 1544, lo cual se verificó comprándose para ello por la villa un sitio que tenia Juan de Madrid, mercader, y estaba á la cava de la Puerta del Sol donde se construyó la nueva casa de mujeres públicas. Pero mas adelante, y habiendo ingresado este sitio dentro de la población, y formándose una nueva calle, fueron espulsadas de él en el reinado de Felipe II, y designado para la fundación de un convento é iglesia de religiosos calzados de Nuestra Señora del Carmen, lo cual se verificó diciéndose la primera misa en 17 de enero de 1575.—Es un templo muy espacioso y concurrido sobremañera, aunque poco notable bajo el aspecto artístico. El convento contiguo igualmente, y es de creer que por su estado desaparecerá muy pronto dando lugar al ensanche de la contigua plazuela del Carmen y la construcción en ella de un mercado regular y cubierto, tan indispensable ya en aquel sitio.

Entre dicha calle del Carmen y la de Jacometrezo, estan las traviesas llamadas de los Negros, miserable callejon que desaparecerá casi del todo cuando el convento, ó se convertirá acaso algun día en una elegante galería de cristales; la de la Salud y del Olivo baja y alta; de San Jacinto, del Horno de la Mata, de Chinchilla y de la Abada, que recibió este nombre á causa de una abada ó rinoceronte hembra que trajeron del Brasil y enseñaban en ella unos portugueses.—La de Jacometrezo, una de las mas pasajeras, estrechas y peor alineadas de Madrid, fué llamada así á causa del célebre escultor y lapidario de Felipe II, Jacome de Trezzo, natural de Milan, y autor de la famosa obra del tabernáculo del Escorial, que habitó en dicha calle y casa de su propiedad, construida por Juan de Herrera en el sitio que ocupa la actual núm. 15 propia del señor Perez de Soto, que es moderna y fué mandada construir para el señor Gonzalo del Rio á principios de este siglo. La antigua de Juan de Herrera no tenia mas que un solo piso, y fué después que de Jacome Trezzo de Juan Bautista Bordelasco, milanés tambien; luego de Juan Escarabajo, Sine Valdivieso y Juan Bautista Justiniano; y en el siglo pasado perteneció á D. Pedro Saavedra Fajardo Barnuevo y Villarsa.—Otras casas antiguas existen en dicha calle, aunque reformadas, tal como la del mayorazgo de Horcasitas á la plazuela de Moriana y calle de Hita, hoy del marqués de Villadarias; la del mayorazgo de Rivedeneyra y de Ibañez de Segovia (Mondéjar) con vuelta á la de la Verónica; la del duque de Solferino á la de Tudescos no existe, y tampoco otras que han sido sustituidas por nuevas y mas económicas construcciones.

Las calles paralelas de Fuencarral y de Hortaleza, que van desde la calle de la Montera á terminar en los límites Norte de la villa, presentan á su entrada dando frente á esta, un prolongado espacio que por su posición ventajosa (después de la del Buen Suceso la mas pre-

(1) Véanse los números anteriores.

(2) *Anales d'Espagne et de Portugal.*

ferente de Madrid) por su forma regular y considerable, merecía bien haber sido escogido para un edificio público y de grande importancia; pero desgraciadamente lo fué á mediados del siglo último por D. Pedro de Astrearena, marqués de Murillo, que reunió tambien las contiguas de Apodaca y del marqués de la Vera, formando una sola sobre aquella estendida superficie de 32,000 piés con tres enormes y poco elegantes fachadas que han dado lugar al dicho vulgar de los madrileños para caracterizar todas las cosas de mayor apariencia que fondo relativo; la casa de Astrearena, mucha fachada y poca vivienda. Especialmente es de sentir que continuase dicho edificio con los dos adjuntos ya citados, por cuyo sitio debía prolongarse utilísimamente la calle de San Miguel á dar frente á las del Desengaño y de la Luna, comunicacion tan necesaria entre los barrios al Oriente y Norte de Madrid.—La calle de Hortaleza, renovada como su paralela la de Fuencarral casi del todo en estos últimos años, apenas ofrece ya edificios de interés histórico. El convento de Padres Agonizantes de San Camilo de Lelis, que daba frente á ambas, ha sido sustituido por casas particulares. Las demás de los antiguos mayorazgos, todas estan reformadas, ó han desaparecido igualmente; y de edificios públi-

cos solo merece mencion el suntuoso colegio Calasancio de padres de las Escuelas pías, fundado en 1735, y su templo bajo la advocacion de San Antonio Abad, vasto y suntuoso edificio aquel, donde reciben esmerada educacion literaria un número considerable de niños de las primeras familias de Madrid en clase de pensionistas, y la primaria mas de 700 de las clases menesterosas, gratuitamente.—Frente de este colegio está la casa real de santa María Magdalena de mujeres arrepentidas, vulgo recogidas, trasladadas á este sitio desde el hospital de Peregrinos en 1625; y su modesto templo, del que á fines del siglo pasado fué capellan mayor y rector de la casa el sencillo y modesto poeta popular D. Francisco Gregorio de Salas, que vivió en tal concepto y murió en el cuarto bajo de dicha casa.—Al fin de la calle se alzaba hasta hace pocos años el convento de Mercedarios Descalzos de Santa Bárbara, fundado en 1612 sobre el sitio que ocupaba la antigua ermita de aquella santa. Contigua á él existe todavia la casilla y huerto que ocupó la Beata Mariana de Jesús, y en que falleció en 1624. Los restos de la iglesia y convento, después de haber sido destinados á fabrica de fundicion del señor Bonaplata, van á desaparecer del todo para dar lugar á la construccion de casas



(Vista de la Puerta del Sol á fines del siglo XVII.)

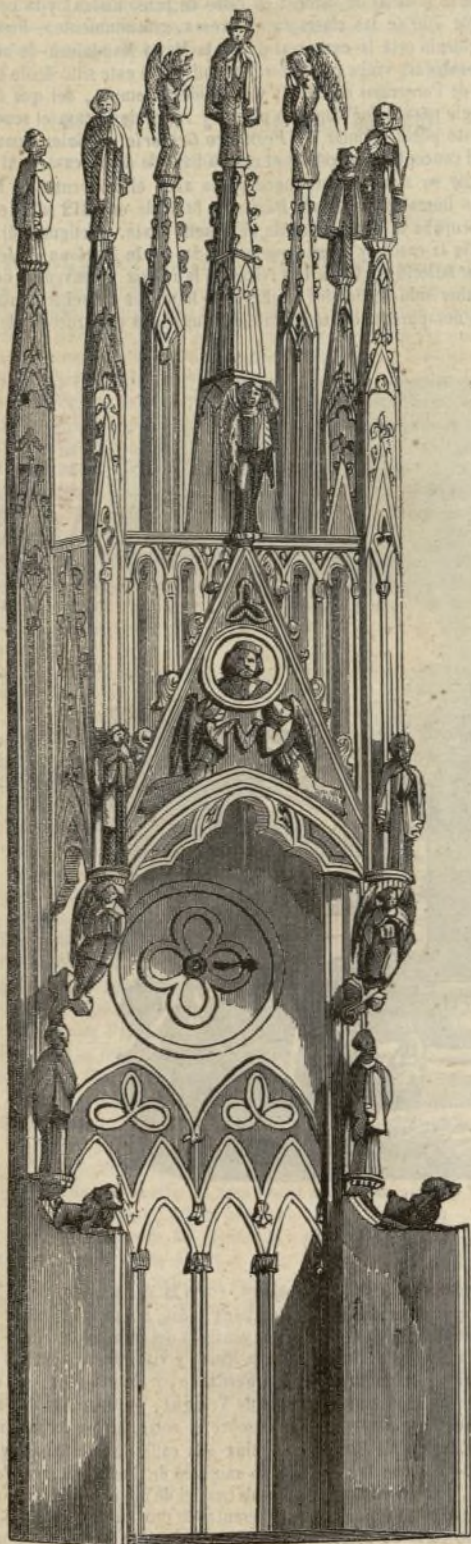
particulares y rompimiento de nuevas calles en su estensa huerta. Frente de este convento, en unos inmensos eriales propios de la villa, en el dilatado espacio de mas de 133,000 piés, se levantó á fines del siglo pasado y con destino á la matanza y salade o de reses, el sólido edificio que hoy sirve para cárcel de villa, y sus accesorios para el ramo de limpiezas, terminando la calle por el mismo antiguo mezquino y ridiculo portillo que da salida á la ronda y caminos de la Fuente Castellana, muy parecido si no es el mismo que aparece ya pintado en el plano de 1636.

La otra calle llamada de Fuencarral está aun mas completamente renovada y aprovechada por las nuevas y elegantes construcciones particulares, habiendo desaparecido casi del todo el antiguo caserío, que por otro lado carecia de importancia y de monumentos públicos, religiosos ni civiles, siendo en este punto, aunque una de las calles principales de Madrid por su estension de 5,676 piés, el número de sus casas que llega al 103 por la izquierda y 92 por la derecha, y su poblacion de 3037 habitantes, la única acaso que no cuenta en su recinto una sola iglesia, ni mas edificio público que el Hospicio de San Fernando. Pero las casas modernas en general son elegantes y bellas, aun las

que quedan de los siglos anteriores, como la del marqués de la Torreilla que antes fué del de Matallana (núm. 55 nuevo) frente á la calle de Santa María del Arco, y la contigua del marqués de Nava-hermosa, la que fué del marqués de la Mina, y vivieron en nuestros dias el de Ariza y la duquesa de San Fernando, y alguna otra, no desdican de las modernas del duque de Veragua, esquina á la de Santa María del Arco, las construidas sobre el solar de los Agonizantes, la del marqués de Morante, esquina á la calle de San Mateo y demás (1).—La que fué del famoso ministro de Carlos III, conde de Aranda, y sirvió en nuestros dias de cuartel de infanteria, ha sido demolida en estos últimos años, presentando una superficie de 55,275 piés, que sería de desear fuese aprovechada para la construccion de un mercado.—Frontero de este sitio se trasladó á unas casas de su pertenencia durante la minoria de Carlos II y la regencia de su madre

(1) La pequeña casa núm. 8 antiguo y 17 moderno, fué mandada construir á principios de este siglo por su propietario D. Leandro Fernandez de Moratin, y en ella vivió durante los últimos años de su residencia en Madrid hasta 1815. La dirigió su amigo el arquitecto D. Silvestre Perez, y solo tenia piso principal con dos ventanas antepechadas. Hoy se halla renovada con dos pisos y dobles balcones.

Doña Mariana de Austria, el hospicio fundado en la calle de Santa Isabel por la congregación del nombre de María; pero el estenso edificio actual es obra del siglo XVIII, haciéndose notable, aun mas que



(Sillon del coro de la Catedral de Barcelona.)

por su solidez y espaciosidad, por la extravagante y famosísima *portada* con que plugo decorarla el célebre arquitecto D. Pedro Ribera, y que viene siendo desde entonces en Madrid el tipo mas señalado del extraño gusto que se apellidó *Churrigüesco*. En cuanto á la impor-

tancia y régimen interior de este grande establecimiento, primera casa de socorro de Madrid, seria largo é importuno el detenernos á encarecerlos, cuando son generalmente reconocidos, y en el dia puede ser citado como modelo de buena administracion.—La calle de Fuencarral termina por su derecha con la estendida posesion donde estan los *Pozos de la nieve*, que llega á tocar por el paseo de la Ronda con la no menos estensa del Saladero, y por la izquierda de la calle con la casa é inmenso jardín, construida á principios del siglo actual por el señor Bringas, público sitio de recreo hace pocos años, bajo el nombre de *Jardín de Apolo*, comprendiendo en su cerca toda la antigua manzana 478. Entre ambas posesiones se alza en el mismo sitio de la antigua puerta de los *Pozos de la nieve*, la moderna de fines del siglo último, apellidada actualmente de *Bilbao*, que es de forma muy regular, y ostenta en sus dinteles las honrosas cicatrices ocasionadas por la artillería de Napoleon en los primeros dias de diciembre de 1808.

De las calles traviesas entre ambas calles de Fuencarral y de Hortaleza, solo la espaciosa de *San Mateo* tiene alguna importancia, y principalmente por el antiguo cuartel que fué de Guardias españolas de infantería, que comprende 54,550 piés de sitio, y hoy sirve para los cuerpos de la guarnición. Las demás calles traviesas, llamadas antiguamente de *Santa Maria la vieja*, ahora *travesía de San Mateo*, de *San Lorenzo*, de *Santa Brigida*, de *San Juan* (ahora de la *Farmacia*), de *San Pedro* y *San Pablo* (hoy de *Hernán Cortés*), del *Arco de Santa Maria*, del *Colmillo* y la del *Piojo* (ahora continuación de la de las *Infantas*), ofrecen poco ó ningun objeto de mencion especial, sino el colegio ó *Facultad de Farmacia*, establecido en el núm. 11 de la calle de San Juan, que ahora lleva su nombre; la copiosa y apreciable galería de cuadros, muebles y armaduras antiguas y otras curiosidades, reunidas por el señor Jimenez de Haro, en su propia casa núm. 12 de la misma calle; y en la de San Lorenzo núm. 11 la espaciosa casa que fué del opulento hacendado del término de Madrid D. Pedro del Rio y después de sus hijos D. Diego y D. Rafael, en la cual existe un lindo teatro que sirvió para representaciones de sociedad, á que asistieron hasta los mismos monarcas; y alguna otra casa que no recordamos en las demás calles citadas.

R. DE MESONERO ROMANOS.

EL MUNDO NUEVO.

HACER NEGOCIOS.

A poco tiempo que uno falte de la corte, ó que se encierre en la dulce concha del hogar doméstico, á vivir tranquilo en medio de las corrientes eléctricas, del incesante vórtice del gran mundo, se halla al salir espuesto á grandes sorpresas, á continuos chascos. La corte es un teatro de peripecias: arcaduz de noria, que tan pronto sub rebosando, como desciende exhausto.

No hace muchos años que despues de una larga encerrona, rompí la cáscara del huevo, y me eché á volar, nada menos que por las regiones etéreas del Teatro Real, en la época brillante de su apertura. Solé y pensativo entre la bulliciosa concurrencia, á cuyo anhelo por gozar faltaban sentidos corporales, dirigia en un entreacto mis curiosas miradas al escenario real de los espectadores, acaso mas divertido que el de farándula que nos habia robado el telon de boca, y acabé por fijarme en un jóven muy presumido de elegante, con traje de etiqueta, el flexible gabán arrollado con afectado desden al brazo izquierdo, y en la mano derecha unos gemelos de marfil, flechados á los palcos. La puntería nunca se remontaba de los bajos y de platea: comprendí por lo tanto que el mozo no conocia otras gentes que las de superior gerarquía. Así debia ser, porque su porte además era el de una persona opulenta. En la camisa, profusamente bordada, relucian tres gruesos botones de brillantes: un par de ellos asomaban tambien al cuello, detrás de la cuidadosamente descuidada corbata de raso: botones de rica pedrería campeaban en el chaleco blanco, y como la luz de un faro, relumbraban con estudiados eclipses en los puños de la camisa. Ni aquí se cierra el cuadro de su magnificencia: unos lentes de oro, colgados al cuello, y una gruesa cadena con mil sellos y dijes al ojal del chaleco, acreditaban que aquel hombre era un tesoro... ambulante.

Sobre curioso, soy un poco lapidario. Mi maestro de griego solia decirme que tenia cabeza de cal y canto, y no le faltaba razon. Su mano, un tantico mas dura que mi cerebro, por golpes que me dió, no logró jamás hacer mella ni incrustar en él una sola fábula de Esopo. Pero vamos al cuento. A fuer de lapidario y curioso, fuime acercando poco á poco á mi galán, que sonriéndose á la sombra de sus anteojos contemplaba á cierta condesita alta, delgada, lacia y fea, la cual le volvía las espaldas desdeñosa. A mí nada me hubiera importado que

aquella mómia titulada me hiciese tan poco caso; mas á él, por lo visto, debía importarle menos, porque seguía mirándola y sonriéndose, que daba gozo de verle. Las luces de los brillantes ibanme pareciendo á menor distancia algo sospechosas, y llevado del deseo de investigar la verdad, llegué á ponerme debajo de los gemelos del espléndido mancebo, cuando de pronto me sentí abrazado por él, preso en la ratonera. Llevé un susto mas que mediano: creí que habia tomado mi afición artística por afición á lo ajeno. Pero el susto duró muy poco. Una voz conocida resonó en mis oídos, al propio tiempo que unos brazos demasiado robustos estrechaban mas y mas el nuevo lazo.

—¡Hombre, tú por aquí! ¡Si te he llorado difunto! ¿De dónde sales? me preguntó el joven, mas espresivo en sus demostraciones de afecto de lo que consentia mi débil constitucion.

—Por de pronto déjame salir de tus brazos, contesté escurriéndome de ellos como una anguila. Ahora que puedo respirar te diré que salgo... que salgo... Pero tú ¿quién eres? le interrogué á mi vez, con menos descaro que aturdimiento.

—¿De veras, chico, de veras no me reconoces? ¿Ya no te acuerdas de tu amigo, de tu mejor amigo? ¿De Santos Hincaldiente?

Confieso la verdad: hasta que oí su nombre no acabé de caer en la cuenta de aquel sugeto. Esas señas de «tu amigo, tu íntimo amigo, tu mejor amigo,» en Madrid no dan á conocer á nadie. Significan tan solo que la persona que así te apellida te ha encontrado una docena de veces, te ha dado sendos apretones de manos, te ha dicho que te queria cordialmente, si ha sabido que estabas ó columbrado que podias estar luego en candelero. Eso le basta para llamarte de tú; para olvidarte si de nada le sirves; para murmurar de tí; para acusarte de ingrato; para mostrarse resentido si en tus buenos tiempos no quieres ó no puedes servirle, ó no satisfaces todas sus exigencias y caprichos. Pero por flaco que yo fuese de memoria (la tengo muy desdichada), ¿cómo era posible que se hubiese desvanecido la huella que deja un hombre llamado Santos Hincaldiente?

Le conocí, y le traté casi dos meses seguidos. Era un muchacho vivo de genio, travieso y holgazán: no carecia de talento, pero sin la menor instruccion. Gustaba sin embargo de andar entre los que cultivan las letras, gente por lo regular generosa y desprendida, y casi estoy por decir que sacaba mas jugo de sus comidas que de sus dramas. Iba no obstante al teatro cuando los autores le daban luneta, y allí, con la mejor intencion del mundo (no podia negársele buen corazon), les preparaba una silba ó les malograba un aplauso. La razon es clara: los suyos eran siempre estemporáneos. Cosa sabida: en toda situacion débil en que los actores querian pasar como gato sobre ascuas; en que el espectador, sin saber por qué todavía, se remueve en el asiento, las inteligentes y sonoras palmas de Santos habian de dar á conocer al público el motivo de su inquietud. Eran la chispa que producía la inflamacion de los gases aglomerados en el recinto; el choque que desataba el rayo de la nube preñada de electricidad. Increpado por sus amigos, explicaba sin embargo filosóficamente su conducta; por lo cual, verá el lector que no era del todo negado. Decía que aplaudir lo bueno, era solo dar prueba de buen gusto, y de amistad y de agradecimiento aplaudir lo que á todos desagradaba. Además de esta gracia, tenía la de menospreciar á los amigos á quienes arruinaba de dia en la fonda con su buen diente, y de noche en el teatro con sus intempestivas manos.

—Sois unos badulaques, solia decirles: en la vida tendreis un duro, si no mudais de carrera. ¡Poetas! ¿Qué viene á ser ese oficio? Estareis siendo poetas cien años, y no tendreis al cabo ni un real de cesantia, de jubilacion, ni de capital.

El, sin duda para obtener uno y otro, y viendo que los amigos cambiaban de fonda y de café sin darle previo aviso; que se olvidaban de mandarle billetes para la representacion de sus dramas, sentó plaza de escribiente en no sé qué oficina, y desde entonces le perdí de vista.

—¿Quién habia de conocerte, exclamé por fin, con esas patillazas, con ese lujo, con ese aire de importancia? ¿Qué te haces? ¿Sigues empleado? Has debido subir como la espuma. Pero no recuerdo haber visto tu nombre en la *Guía de Forasteros*. Bien que, si á ella hemos de acudir para conocer los altos funcionarios públicos, debian imprimir una cada mes.

—No, amigo; mi nombre no ha estado, ni estará en la *Guía*. Soy muy independiente, y siempre he repugnado el vivir á costa ajena.

—¡Ah! ¿Conque te repugna ya?... Vamos, cuando te digo que estás desconocido!...

—¡Yo servir al Estado! Pasar el dia entre cuatro paredes, revolviendo papeles, devanándome los sesos, trabajando con celo, con afición ¿y para qué? Para no tener hora segura; para hallarte el mejor dia con el oficio de tu cesantia sobre el bufete en que vas á trabajar. Y luego mi carácter... eso de ser gravoso á la nacion, de vivir á costa de los pueblos esquilimados... No señor: á Dios gracias, no me falta que comer, y puedo conservar mi dignidad.

—Todo eso es muy santo y muy bueno, repliqué; pero ¿de dónde salen esas misas? ¿Has heredado? ¿Te ha caído la lotería? ¿Te has casado?



(Sillon del coro de la Catedral de Barcelona.)

—Nada de eso. Mi suerte es hija de mi poco ó mucho talento: me la debo á mí mismo. Esto es lo que me llena de orgullo.
—Orgullo por cierto el mas disculpable, si no es el mas legitimo. ¿Escribes, eh?

—¿Estás en bábia? ¡Escribir! ¿Has conocido á nadie que se haya hecho rico con las letras?

—Entonces ¿qué haces?

—Negocios. Los negocios me dan para pasarlo decentemente, para carruaje, para escursiones veraniegas á París, á Londres, á Bohemia. En fin, se trabaja, y se gana, así... tal cual.

Ese *tal cual*, pronunciado con cierto desden, me dejó aturrido: significaba millones.

—¡Hacer negocios! repetía sin volver en mí del asombro. Explicáte por Dios!

—Nada, hombre, nada, dijo Santos interrumpiéndome con aire entre satisfecho y compasivo.

Hizo un cuarto de conversión hácia el palco de la condesa; enderezó los gemelos á las consabidas espaldas, y meneando la cabeza, y sonriéndose como quien dice: «tú me las pagarás» dejó caer estas palabras:

—La condesita está de buen humor; quiere hacerme rabiar un poco esta noche.—Mañana á las once te espero á almorzar. Charlaremos un rato.—A la salida, si quieres, te cogeré en el carruaje y te dejaré en tu casa.

Con mi aturdimiento ignoro si le di gracias; si admití ó refusé el convite. No estaba para pensar en mí mismo.

(Continuará.)

F. NAVARRO VILLOSLADA.

MI AMIGO PEPE.

I.

FELICIDAD.

Laura y Florencio se habían casado hacia dos semanas.

II.

PRÓLOGO PRIMERO.

Voy á deciros por qué este casamiento me pareció inaudito, y cómo llegó á mi noticia.

III.

PRÓLOGO SEGUNDO.

Yo no sé lo que tiene,
madre, el tío Pedro,
que me mira y se ríe
y se chupa el dedo.
(Cancion.)

—¿Está Pepe?

La señora Josefa me miró sonriéndose con malicia, y contestó:

—El señorito no vive ya en esta casa.

—¿Cómo? pregunté yo sorprendido.

La señora Josefa volvió á sonreírse; lo que comenzó á meterme en cuidado, porque la buena mujer estaba bastante triste de ordinario.

—¿Y Florencio? dije viendo que no me contestaba.

—Se ha marchado con D. José, respondió con el mismo buen humor.

La sonrisa y el tono maligno con que contestaba la buena señora, iban siendo cada vez mas incomprensibles para mí.

—¿Pero qué diablos sucede, señora Josefa?

—Es muy largo de contar, y yo no sé si debo....

—Pues no ha de deber V.!

En la cara de la pobre vieja conocí que esta rabiaba por contarme cuanto quisiera; pero que á su pesar se veía contenida por una fuerza superior que la impulsaba á callar.

—Lo siento en el alma; pero no puedo decir á V. una palabra; exclamó por fin, sin que sus labios dejaran aquella sonrisa que tanta curiosidad me inspiraba. Quieren guardar el secreto.

Iba á dar principio á una coleccion de súplicas, que sin duda hubieran ablandado á la pobre señora, cuando mi condiscipulo Juan entró en la sala.

—¡Tú por aquí! dijo con su atolondramiento habitual.

La señora Josefa iba á responder por mí; pero yo la cogí la delantera.

—Sí, contesté, venia á verte, y me he entretenido hablando un momento con tu amabilísima huésped.

—Vamos, vamos, vente á mi cuarto y probarás unos cigarros que me han traído de la Habana.

—Cuando quieras. A los piés de V.

—Beso á V. la mano.

IV.

PRÓLOGO TERCERO.

Sentados ya en el cuarto de Juan, convirtiendo en gloria, que es tanto como decir en humo, los mas hermosos productos de la agricultura é industria cubanas, después de informarnos mutuamente de estado de nuestra salud, etc., etc., pregunté á mi condiscipulo con marcadas muestras de interés:

—¿Por qué se han mudado Pepe y Florencio? ¿Qué es de ellos, que hace un siglo no se les ve por la universidad?

Juan me miró de un modo particular, y una extraña sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡Voto va! exclamé yo. Cuando he preguntado por ellos á tu patrona me ha sucedido lo mismo que contigo.

¿Por qué al hablar de Pepe y de Florencio os sonreis de ese modo tú y la señora Josefa?

V.

INTRODUCCION.

La vida de Juan Soldado
es muy larga de contar »

tararé mi amigo dándose la importancia del que va á ser narrador de una historia inaudita.

—Desembucha pronto, que mi curiosidad está en el último grado de excitacion.

Juan se arrellanó en su butaca, echó una gran bocanada de humo, y después de toser y suplicarme que no le interrumpiera, dijo:

—Pues señor...

VI.

DON GIL DE LAS CALZAS VERDES.

—¿Has visto el Don Gil de las Calzas Verdes? interrumpió bruscamente mi condiscipulo.

Quedéme con tanta boca abierta al oír tan extraña salida, cuando me disponia á escuchar una sabrosísima historia en que debían jugar al parecer dos personas que me interesaban sobremanera, y dije maquinalmente:

—Sí.

—Era el diablo Tirso de Molina para armar enredos.

—Ciertamente. ¿Pero á qué viene eso?

—A nada: es una pregunta suelta.

—No comprendo...

—Ya comprenderás. ¿Quieres que principie mi cuento?

—Principia.

—Pues señor...

VII.

FLORENCIO Y PEPE.

—Florencio es un muchacho guapisimo por todos conceptos, y no exagero si digo que el mejor mozo que pasea las calles de Sevilla.

—Me estás diciendo cosas que sé tan bien como tú.

—Si no me dejas tomar el hilo de mi narracion, por necesidad ha de ser esta fria é incompleta.

—Haz pues lo que quieras.

—Todos los que tratamos á fondo á Florencio le queremos como hermanos; y los que le ven por vez primera simpatizan con él de un modo extraño. Era el elegante de los elegantes, el niño mimado de la universidad, la persona de quien tenían que ser amigos todos los cómicos y cantantes de uno y otro sexo que pretendian agradar en Sevilla, y el novio en fin que veían en sus sueños las mas bellas y adorables muchachas de la poblacion. Rico, querido y festejado por todas partes, con sus veinticuatro años y su alma poética y ardiente, era el estudiante de leyes mas feliz que en toda la redondez de la tierra podia hallarse.

—¿Es decir que ya no lo es?

—Ten un poco de calma. El año pasado al terminar el curso era el *lion* de la buena sociedad de Sevilla, y con razon pensaba volver á ocupar el mismo puesto al principio de este.

—Y así fué, exclamé yo deseando abreviar.

—Sí; pero no le duró mucho tiempo. Un jóven, un niño casi, bello como un ángel al decir de las mujeres, amable, opulento y bien nacido al parecer, porque ni sus mas íntimos amigos supieron nunca quién era ni de dónde venia, vino á la universidad á nuestra misma clase, y bien pronto tuvo Florencio en él un poderoso rival que amenazaba eclipsarlo en todos los terrenos.

—¿Me estás hablando de Pepe?

—De Pepe, continuó Juan. A pesar de que generalmente nos disgusten los hombres afeminados, y de que el recién venido con su candida belleza, su voccecita suave y sus manos y piés de niña, lo era en

alto grado, se ganó las simpatías de todos, y no hubo uno de los condiscípulos que no solicitase su amistad; motivo por el que bien pronto fué presentado en todas partes, causando la misma sensación en los altos círculos sevillanos, y cautivando con su presencia en pocos instantes mas corazones que Florencio en toda su vida.

—Recuerdo perfectamente.

—Lo natural parecía que ambos se hubieran odiado á muerte; pero no fué así. Pepe y Florencio fuéron amigos, con admiración de todos los que sabían el daño que el último hacia á la reputación del primero, y no pasó mucho tiempo sin que vivieran juntos como hermanos en esta casa de huéspedes, por entonces la mejor de Sevilla. Ambos eran igualmente ricos y desaplicados: así es que raras veces se les veía en las cátedras; el que quisiera buscarlos, no tenía mas que dirigirse á todos los sitios en que hubiera diversiones y ocasión de gastar dinero.

—Al principio, dije yo uniendo mis recuerdos á los de mi compañero, Pepe se resistía á divertirse, á correr á caballo y á pasar las noches en los vestuarios de las primas donnas; pero pronto Florencio lo convirtió, haciéndole aceptar sus costumbres, aunque no pudo nunca decidirlo á fumar, beber vino y galantear á las muchachas de Triana.

—Es verdad. Perdiendo cada cual algunos de sus hábitos, llegaron á tener los mismos; porque al par que Pepe se esforzaba por adquirir los de su amigo, este perdió todos aquellos que disgustaban á Pepe. Fuéron en fin Cástor y Pólux, Pilades y Orestes. (Continuará.)

LUIS EGUILAZ.

UN AMIGO INTIMO. (1)

IV.

Pues... como os iba diciendo... pero ¡voto á Santa Tecla! que no recuerdo á qué punto llegaba de mi novela. Decía... sí, ya me acuerdo, que en la mas trágica escena de la Lucia, *mi amigo* repitió su cantinela, con esa calma apacible de un hombre de buena cepa, que á muchos otros encanta, pero que á mí me revienta.

Viendo la función estaba muy cerca de mi luneta otro señor, ciudadano sin duda de poca flema, pues oyendo de mi amigo la voz, perdió la paciencia, y... ¡fuera! dijo; añadiendo: «que el Circo no es la taberna.» —¿Cómo, taberna?—Lo dicho. —¿Quiere Vd. perder la lengua? —Quiero, si al punto no calla, romperle á Vd. la cabeza.

Tales fueron las razones con que aumentaron la orquesta á mis espaldas *mi amigo* y su enemigo á mi izquierda. Y como en España vienen tras de las bromas las veras, *mi amigo*, que es hombre terne, se puso en pié con presteza, y apoyó en mi hombro su mano, y alzó la pierna derecha, y dió un brinco hácia adelante con singular ligereza; pero me sentó el maldito su bota flamante y nueva tan á plomo sobre un callo, que me hizo ver las estrellas. ¡Fuera! gritó la gente, cargada de esta pendencia, y *mi amigo* y su enemigo, hechos dos tigres, dos hienas, dándose sendos cachetes,

que allí es la razón suprema, salieron entre alguaciles cercados de bayonetas, y arrullados por mil voces de la muchedumbre inmensa que en todas partes gritaba: ¡fuera esos bellacos, fuera!

Mucho senti yo el percance de *mi amigo*, que aunque pelma, celebraba mis escritos, y esto siempre lisonjea.

Sentí tambien sobre todo los efectos de la suela de aquella maldita bota que por desgracia era nueva.

Pero acordándome luego de que una moza morena que del teatro vivía casi tres cuartos de legua me daba cita á las doce y eran ya las once y media, y temiendo que *mi amigo* á molestarme volviera, del Circo salí al instante diciendo al tomar la puerta:

«¡Ay!... quizá mi pobre amigo en este lance perezca!... Mas yo por fin estoy libre; no hay mal que por bien no venga.

Apreté el paso en efecto como alma que el diablo lleva, y en quince ó veinte minutos estuve junto á mi bella, la mas hechicera joya, la mas seductora perla que en muchos años ha honrado la calle de la Encomienda.

Era esta tal de esas mozas que los médicos recetan al que... del señor Cupido siente las agudas flechas.

No era gorda, y me agradaba, porque una gorda belleza se derrite fácilmente á poco calor que sienta.

Ni era flaca, y me alegraba, porque, inter nos dicho sea, las flacas corren peligro de cometer mil flaquezas.

Ni tampoco era muy alta, ni tampoco muy pequeña; que lo grande y lo menudo no se alcanza ó no se encuentra.

Grandes y rasgados ojos, chica nariz y aguiluña, negros y largos cabellos, negras y pobladas cejas;

Los labios como corales, los dientes como azucenas; las mejillas coloradas lo mismo que dos cerezas:

Era en fin la criatura, cual su descripción lo prueba, por quien sin duda dijeron este cantar de mi tierra:

«Todo el hombre que se muere sin amar á una morena, se va de este mundo al otro sin saber lo que es canela.»

—Hermosa luz de mis ojos, dije, en la ventana al verla, ¿cuándo entre mis tiernos brazos veré tu cintura esbelta?

Ya hace un año, prenda mía, que mi esperanza alimenta diciendo que hoy, que mañana... y nunca el instante llega.

«¿Cuándo? respondió la hermosa; espera, mi bien, espera, que hoy nadie espía mis pasos

(1) Creemos que nuestros lectores verán con gusto estos versos, debidos á uno de nuestros escritores festivos mejor reputados.—Para dejar espacio á otros artículos que tenemos dispuestos, omitimos la introducción y empezamos por el cuadro en que empieza el interés y lo mas notable de esta graciosa composición, que el señor Villergas ha escrito en París.

y voy á abrirte... la puerta.»

Cerró en ésto la ventana,
y yo con el alma llena
de gozo, quedé esperando
á mi idolatrada prenda.

Mas luego de un cuerpo humano
noté la sombra ligera
que por la acera venia,

y apenas estuvo cerca
paróse y me dió un abrazo
con tan espantosa fuerza,
que echar temí, vive Cristo,

los bofes por las orejas.
Y el que tanto me abrazaba
¿saben ustedes quién era?

Pues señor... era *mi amigo*,
aquel monstruo sin conciencia
de quien juzgué verme libre
y á quien la fortuna perra
mandaba á estorbar mi dicha
para rematar la fiesta.

«¡Cuánto me alegro! me dijo,
de hallar á Vd.; la contienda
no terminó en los cachetes;
mi contrario es un tronera
que quiere que nos rompamos
esta noche la cabeza,

y es preciso, amigo mío,
que Vd. mi padrino sea.

—Pero si yo...—No hay excusa.

—¡Suerte atroz!—¡Fortuna inmensa!

—Es el caso...—Nada, nada;

ya es tarde y el tiempo apremia.

Y esto diciendo agarróme
de bracero con violencia,
sin que á sus fuerzas hercúleas
yo contrarestar pudiera.

Con el nocturno silencio
sentí á mi amada morena
que á recibirme salia,

y al ver la calle desierta
debió de pensar sin duda
que yo me burlaba de ella,
y lanzó un hondo suspiro
volviendo á cerrar la puerta.

Entonces, vuelto á *mi amigo*

le dije con aspereza:

Porque Vd. quiera batirse

no es justo que yo perezca;

la mujer que yo idolatro

me esperaba placentera,

y solo Vd. ha podido

turbar mi dicha completa.

A lo cual mi atroz *amigo*

dió la siguiente respuesta:

«Si le he servido de estorbo,

bien sabe Dios que me pesa;

pero esa fatal desgracia

que Vd. con razon lamenta

me va á sacar de un apuro:

No hay mal que por bien no venga.

V.

Eran las doce y media de la noche,
y sin hallar para el camino un coche
porque todo le aflige al que trasnocha,
hétenos en Atocha

á mi *amigo* y á mí, y á los contrarios
espadachines tercios, temerarios,
de alma tan cruda y condicion tan fuerte,
que el duelo propusieron
nada menos que á muerte

y ninguna razon en contra oyeron.

De sable era la lucha, y los dos sables

que el contrario adalid (solemne bruto)

buscó, anheloso de pegar trompazos,

eran tan formidables,

que pudieran un cerro hacer pedazos,

y rendir al minuto

del mismo Anteo los robustos brazos.

«¡En guardia!» al fin dijeron
mi amigo y su enemigo,

y con brutal rencor se arremetieron.

Yo vi con ira á mi funesto amigo

un tajo dar con ímpetu arrogante;

y al contrario también, terrible y fiero,

blandir el duro acero

con brazo tan indómito y pujante,

que diera honor al campo de Agramante.

Mas ¡ay! la luna que en aquel instante,

si no igualando, remedando al día

clara y alegre en el cenit lucia,

se vió tras negra nube encapotada;

y en tinieblas dejándonos, huía

del tremendo combate horrorizada.

Nada la vista humana distinguía

en tanta oscuridad; pero muy pronto,

y aquí mi historia lastimosa empieza,

distinguí yo un porrazo en mi cabeza,

que sin dejarme hablar me dejó tonto,

y dando un gran gemido

caí, redondo, en tierra sin sentido.

¿De dónde vino tan mortal fracaso?

De un lamentable error; pues era el caso

que el enemigo de mi ilustre *amigo*,

no encontrando en la sombra á su enemigo,

me descargó aquel tajo furibundo

que á poco mas... me envia al otro mundo.

Por desgracia caí... pero ¿qué digo?

fortuna fué caer, porque es muy cierto

que á no juzgarme muerto

quien tal golpe me dió con furia insana,

todo el cuerpo en canal me hubiera abierto,

zurrándome de nuevo la badana.

Caí pues como herido por un rayo;

mas pronto de otro pobre los lamentos

vinieronme á sacar de mi desmayo.

El oído apliqué: golpes violentos

descargaban allí, sin duda alguna,

que á mí no me tocaron por fortuna.

¡Ay! basta! compasión! uno decia,

mientras el otro con horribles mañas

su feroz vapuleo repetia

gritando sin piedad: «¡Toma castañas!»

¿Qué pudo ser? Referiré este lance.

Era tan raro y singular percance

(ó percance plural, yo soy testigo)

que mi funesto *amigo*

pescó al otro padrino en un avance,

y en él creyendo hallar á su enemigo,

le empezó á santiguar con tanta gana

duros mandobles entre carne y cuero,

que no dá mas agudo un colchonero

cuando sacude el polvo de la lana.

Y aun hoy, con saña fiera

mi *amigo* al desdichado sacudiera,

si una casualidad dichosamente

no viniera en ayuda del paciente.

La nube disipándose oportuna

tomó cierto color de chocolate,

y un claro por fortuna

dejó paso á la luna

que dió, en su luz, reposo á este combate.

¡Oh sorpresa! mi *amigo*

lo mismo que su pérfido enemigo

por de pronto empezaron á reirse,

aunque el error sintiendo de aquel duelo;

y luego, sin batirse,

nos brindaron su auxilio y su consuelo.

Poco despues me hallaba yo en mi cama

maldiciendo al idiota

por quien perdí el cariño de una dama

teniendo, en cambio, la cabeza rota.

(Continuará.)

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.